

Problemas demográficos vistos desde la historia. Análisis de fuentes, comportamientos y distribución de la población en México, siglos XVI–XIX*

El trabajo de demografía histórica en México tiene un campo prometedor y vasto, tal como lo muestran América Molina del Villar y David Navarrete Gómez al coordinar este libro de ensayos. Pero aclaran que si bien los estudios de carácter demográfico no son algo nuevo, éstos deben ser tomados como base para la comprensión de la realidad histórica. Apuntan que el análisis demográfico es tomado con cautela intentando no caer en la demografía cuantitativa tradicional. El libro lo componen ocho ensayos en los que diversos especialistas analizan el problema de las fuentes existentes y las metodologías para la realización de estudios de demografía histórica sobre movilidad de la población, mortalidad, migración y familia. Todos y cada uno de los autores analizan las fuentes consultadas y hacen patente los problemas a los que se enfrentan al correlacionar las fuentes civiles y parroquiales. Argumentan que una de las grandes limitaciones tiene que ver con la caren-

cia de fuentes viables pues las existentes sufren un sesgo, según la intención con que fueron recopiladas en su momento.

El primer ensayo es realizado por Brígida von Mentz, quien anota la importancia de conocer y analizar las fuentes para entender las relaciones ideológicas y políticas existentes entre empadronador y empadronado. La autora centra su interés sobre la información de “ciertos padrones” con carácter catastral levantados en 1540, que reflejan la organización indígena previa a la llegada de los españoles y tratan sobre un pleito jurídico de 1671 que pone de manifiesto el ambiente social predominante y las relaciones existentes entre los religiosos y su feligresía. El análisis detallado de las fuentes va acompañado del contexto histórico que les rodeo. Así, establece los intereses de los franciscanos y los escribas, quienes utilizaron el náhuatl para elaborar el censo. A través de éste, como apunta Von Mentz, es posible comprender la dinámica familiar de los pueblos indígenas, la patrilocalidad, la práctica fiscal prehispánica, la distribución de la tierra y su producción, pues la estratificación de la población censada se basó en la posesión cuantitativa y cualitativa de

* América Molina del Villar y David Navarrete Gómez (coords.), *Problemas demográficos vistos desde la historia. Análisis de fuentes, comportamientos y distribución de la población en México, siglos XVI–XIX*, El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2006.

la tierra. La autora anota que el derecho a la posesión tierra dependía de la formación de la familia. En dicho análisis de fuentes von Mentz encontró que la movilidad de la familia y la migración de los miembros de la misma eran puntualmente registradas por los mandones y los “mandoncillos”. Además de que éstos fueron el vínculo y el medio entre el grupo de hispanos y la población en general para gobernar y activar la economía agrícola, ganadera y de la construcción en los pueblos de Cuernavaca (Calnahuac, Colhuacan, Comoliuhco).

El segundo ensayo esta a cargo de Pedro Canales Guerrero, quien presenta una perspectiva metodológica para el análisis de la mortalidad. El autor realiza un estudio retrospectivo, utilizando las investigaciones de biomedicina referentes a la inmunidad y a la capacidad del cuerpo humano para adaptarse al ecosistema. Analiza los efectos de la mortalidad catastrófica, por ser ésta determinante en el crecimiento de la población agrícola, para conocer sus efectos. En la búsqueda de variables que expliquen la mortalidad por epidemia retoma los estudios de Burnet y White sobre la propagación de la tifoidea. La propuesta metodológica y su aplicación parten del análisis de la mortalidad y su correlación con el registro de nacimientos y de precios. Ello le permite a Canales Guerrero establecer las posibles causas del alto índice de mortalidad. El autor aplica el método a través del estudio de

Zinacantepec para el periodo que corre de 1613 a 1816. Pone énfasis en la hipótesis de que las epidemias no son efecto de dificultades alimentarias, con lo cual abre las posibilidades de eliminar la idea tradicional de que en la mayoría de los casos la pobreza va unida a la desnutrición y que ésta es causa de todas las enfermedades. En un ejercicio de comparación de las crisis alimentarias y el aumento de la mortalidad por epidemia, Canales Guerrero muestra cómo no hay coincidencia entre el aumento de la mortalidad y el aumento de los precios. Es decir, que la fórmula crisis alimentaria-aumento de precios-enfermedad-mortalidad alimentaria no se cumple, sino que, por el contrario, argumenta que es posterior al periodo de mortalidad cuando el precio del maíz se eleva, como posible resultado de la carencia de manos para la producción.

El tercer artículo fue realizado por América Molina del Villar y lleva por título “Comportamiento y distribución de la población en Santa María de Guadalupe, Atacomulco, 1679-1680”. En él muestra las repercusiones que sufrió la población a causa de las epidemias, las crisis agrícolas y el movimiento de independencia. El análisis de la natalidad la lleva a plantear la idea de que la ilegitimidad, los niños expuestos o de padres desconocidos se presentan con mayor frecuencia durante periodos de epidemia, helada, escasez y crisis agrícola. Asimismo,

Molina del Villar reconoce que la nupcialidad después de las epidemias aumenta, pero contra lo que pudiera pensarse, en Atlacomulco no se rompen los vínculos comunitarios por la falta de prospectos para el matrimonio, ni se da, por ende, un proceso de mestizaje, pues esta población se caracterizó por la existencia de una fuerte endogamia étnica. Argumenta que los matrimonios existentes entre española e indio se dan por interés económico, pues los caciques indígenas conservaban cierto predominio sobre las actividades económicas. Otro de los aspectos en los que la autora pone énfasis es en el referente a los asentamientos: reconoce que el curato de Atlacomulco se caracteriza por la existencia de una población dispersa y sostiene que el decremento demográfico en los pueblos derivó en el crecimiento de las haciendas.

El estudio presentado por Angélica Guerra Ulaje, cuyo título es “Población y familia en Santiago de Jiutepec, Alcaldía Mayor de Cuernavaca, 1715-1793”, trata la diferenciación socioétnica entre los habitantes y las familias de los pueblos y haciendas del curato de Jiutepec. Se aborda el tema a través del proceso de mestizaje vivido. La autora argumenta que el crecimiento y recuperación de la población del curato de Jiutepec se debió en gran medida al proceso de mestizaje, resultado de la introducción de mano de obra negra en las haciendas. A partir de ello, el análisis demográfico de la

población le permite a la autora establecer que hacia 1715 la cabecera (Jiutepec) concentraba 75% de población india; pero, hacia 1793, no sólo dejó de ocupar el primer lugar en concentración de la población, sino que la composición étnica presentaba profundos cambios pues mestizos y mulatos representaban 40.6% de la población no india. De forma contraria, el resto de los pueblos circundantes: Tejalpa, Zacualpan, San Luis Amatitlan y Santa Ana Tezoyuca, no mostraron un comportamiento similar en el mismo periodo, pues en éstos la presencia de la población india era importante. Asimismo, se presenta como detonador de movilidad interna e inmigración la epidemia de 1737, que liberó el mercado laboral e hizo posible los importantes cambios tecnológicos y organizativos en las haciendas azucareras del siglo XVIII, hecho que motivó a los individuos a dejar su casa a cambio de una remuneración. En el caso de las haciendas azucareras, Guerra Ulaje argumenta que la falta de brazos llevó a la introducción de mano de obra esclava, de indios, mulatos y mestizos para la producción; de ahí la importante presencia de mulatos. El análisis de la composición de la familia realizado entre los pueblos y las haciendas permitió a la autora establecer una importante característica. La familia india y no india variaba en número según el asentamiento: en la hacienda los miembros

de la familia, fuera india o no india, llegaban a cuatro, mientras que en el pueblo las familias las integraban 3.5 miembros o menos, en el caso de las familias no indias. Guerra Ulaje destaca que la familia española estaba integrada por cinco miembros, ya fuera en el pueblo o en la hacienda.

Antonio Escobar y Ricardo A. Fagoaga presentan el trabajo titulado “Distribución poblacional en la huasteca potosina, siglo XVIII”. El objetivo principal es conocer cómo está conformada y distribuida la población dentro de un espacio que carece de límites geográficos convencionales: Villa de Valles. Para ello, los autores definen la importancia de los asentamientos, el escenario geográfico y los actores. Dicho estudio les permite establecer tres formas de movilidad y asentamiento de la población india en el siglo XVIII, ante la incursión de la administración española. La primera consiste en el escape o replegamiento a zonas aisladas; la segunda es migratoria, que permite a un grupo de individuos buscar una nueva población para formar familias y encontrar trabajo; la tercera consiste en la dispersión y disolución de los vínculos sociales existentes y posteriormente buscar nuevos sitios para asentarse. Argumentan los autores que uno de los principales problemas para el análisis étnico es la falta de uniformidad en la información, pues tanto informes religiosos como civiles no coinciden en el movimiento de la población. Esto los

llevó buscar otras explicaciones, algunas de ellas ligadas a procesos naturales como huracanes, sequías, malas cosechas o movilidad forzosa benéfica a los españoles y a la fundación del Nuevo Santander, que provocaron un decrecimiento en la población de Villa de Valles.

Por su parte, Chantal Cramaussel presenta el artículo titulado “Tendencias demográficas y nueva distribución espacial. El Curato de Santa María de Cuevas San Lorenzo (municipio de Belisario Domínguez, Chihuahua) 1753-1887”. Dicho estudio hace posible conocer el proceso demográfico y la evolución vivida por Santa María de Cuevas, misión jesuita fundada en 1663 y secularizada en 1753. Como parte del análisis, la autora argumenta que el proceso de mestizaje tiene caracteres ideológicos y espaciales pues, pasado un tiempo, los indios pertenecientes a la cabecera eran considerados vecinos, lo mismo que algunos mestizos, mulatos y negros libres, a diferencia de los indígenas que formaban parte de los pueblos circundantes. Anota que la vecindad y la denominación indígena fueron ante todo un requisito tributario y de pertenencia a una jurisdicción. Para Cramaussel la aparición de los ranchos y haciendas en el siglo XIX tuvo consecuencias negativas para los pueblos indígenas. Así, el proceso de repartición y privatización de la tierra afectó a los indios y provocó un proceso de dispersión y migración a pueblos aledaños.

David Navarrete Gómez presenta el artículo intitulado “Economía y migración minera en el centro de México. Real del Monte en la segunda mitad del siglo XVIII”. Navarrete argumenta que las zonas mineras son escenarios apropiados para el estudio de la migración por ser las áreas más activas de dispersión, atracción y expulsión de la población. En su estudio reconstruye los rasgos de los desplazamientos y su relación con los ciclos productivos mineros en la población de Real del Monte, importante centro productor de plata de la Nueva España. De esta manera, Navarrete reconoce que durante los periodos de auge de extracción de plata existe un crecimiento de la población y que las crisis provocan una expulsión de mano de obra. Pero logra determinar que tan sólo 14% de la población (749 individuos) es inmigrante y lo conforman grupos no indígenas atraídos por la oferta de trabajo minero y la libertad de ejercerlo como una actividad alterna.

Finalmente Paola Peniche, en el artículo “Migración y parentesco en una parroquia del norte de Yucatán, siglo XVIII”, analiza la migración indígena provocada por a la injerencia de la administración novohispana. La autora se enfoca al estudio de los vínculos de parentesco o linaje, conocido como *ch'ibales*, por ser la base social para la movilización poblacional. Sin embargo, no se trata de los movimientos poblacionales denominados de deriva o

dispersión, pues dicha migración implicaba el traslado de los rasgos culturales. Al estudiar Tekantó determina que uno de los factores que motivó el proceso migratorio fue la demanda de tierras para la cría de ganado y producción de maíz. Pero encuentra que la apropiación de la tierra por hispanos se debió a la monetarización de la economía, lo que obligó a los indios a conseguir capital para cubrir ciertas necesidades. Ambos factores propiciaron, por un lado, la aparición de unidades productivas y, por otro, la incorporación de indígenas al mercado laboral y en consecuencia a la migración. Peniche señala que la población de Tekantó estaba compuesta por 38% de emigrantes vinculados por el parentesco, característica que también se presenta en los pueblos de Kimbilá, Tixcochoh y Citilcum. El análisis de dichas poblaciones le lleva a determinar que la movilización indígena estaba dirigida, por un lado, a reforzar la organización sociopolítica de los grupos y, por otro lado, a suplir la mano de trabajo de las repúblicas. De esta manera, muestra que los *ch'ibales* cumplieron un papel importante en la expulsión, recepción y mantenimiento las costumbres al ser la célula básica de la estructura social, asociación de parientes provenientes de un antepasado común identificado por un patronímico.

En suma, el libro resulta interesante para quienes están inmersos en la temática de la demografía histórica.

Puede considerarse una obra de consulta obligada porque los autores presentan elementos temáticos y metodológicos que permiten acceder al análisis de los procesos históricos regionales relacionados con la movilidad social y el comportamiento demográfico de la población.

César Augusto Ordóñez López
Facultad de Idiomas,
Universidad Veracruzana